

Colección
FRACTALES

21

Colección

Ciencias Sociales

La urbanización de las aguas en Colombia

Alejandro Camargo, Denisse Roca-Servat
y Kathryn Furlong (editores académicos)



Universidad
Pontificia
Bolivariana

333.911
U72

La urbanización de las aguas en Colombia / Alejandro Camargo [y otros 11]
– Medellín: UPB, 2022 – 268 páginas; 14 x 23 cm. (Ciencias Sociales No. 21
y Fractales)

ISBN: 978-628-500-066-9 (versión digital)

1. Utilización de agua – Colombia – 2. Conservación del agua – Colombia –
3. Agua – Aspectos culturales – Colombia

CO-MdUPB / spa / rda
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Alejandro Camargo
© Camila Patiño Sánchez
© Denisse Roca-Servat
© Esmeralda Hincapié
© Jeimy Alejandra Arias Castaño
© Juan David Arias-Henao
© Kathryn Furlong
© María Botero-Mesa
© Renata Moreno Quintero
© Tatiana Acevedo-Guerrero
© Vladimir Sánchez-Calderón
© Yésica Pérez Correa
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

La urbanización de las aguas en Colombia

ISBN: 978-628-500-066-9 (versión web)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-066-9>

Primera edición, 2022

Escuela de Ciencias Sociales.

Facultad de Trabajo Social

Doctorado en Ciencias Sociales

CIDI. Grupo: Territorio. Proyecto: Historizando Urbanismos en el Sur Global: El derecho al agua en Colombia y su legado contemporáneo a partir de los casos de Cali, Medellín, y Bogotá. PARTE 2. Radicado: 101C-05/18-12.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Director de Trabajo Social: Silvia María Castañeda Rivillas

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Mercedes Ruiz Mejía

Corrección de estilo: Fernando Aquiles Arango

Fotografía portada: "Agua y Ciudad" 2017 María Botero Mesa

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2022

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co


www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2183-20-04-22

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



“Fluir como el agua y hacerse invisibles”: la gestión de los desastres y del agua en los bordes urbanos de Medellín¹

Esmeralda Hincapié²
Denisse Roca-Servat³

Introducción

En el siglo XXI las ciudades globales vienen experimentando un crecimiento acelerado y caótico, generado por el brutal y complejo sistema expulsor neoliberal (Sassen, 2015). Un sistema financiero que expulsa a los seres humanos y no-humanos de sus territorios, hábitats, perten-

-
- 1 Este capítulo es producto del diálogo entre dos proyectos de investigación: 1) “Comunidades transformadoras de ciudad”, con radicado número 737B-02/17-09, publicada en el libro de investigación con el mismo nombre en 2019 y 2) “Historizando urbanismos en el sur global: el derecho al agua en Colombia y su legado contemporáneo a partir de los casos de Cali, Medellín, y Bogotá. PARTE 2”, con radicado 101C-05/18-12 en el Centro de Investigación para el Desarrollo y la Innovación de la UPB, en el marco del convenio entre la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) sede Medellín, Colombia, y la Universidad de Montreal, Canadá.
 - 2 Universidad Pontificia Bolivariana sede Medellín, Colombia (jubilada adscrita al grupo de investigación GTI de la Facultad de Ingeniería). Correo electrónico: esmeralda.hincapie@upb.edu.co
 - 3 Universidad Pontificia Bolivariana sede Medellín, Colombia. Correo electrónico: denisse.roca@upb.edu.co

cias y afectos obligándolos a sobrevivir en la incertidumbre. En Colombia, las ciudades como fenómenos globales son receptoras de personas desterradas y desplazadas, ya sea por guerras, conflictos armados, pauperización y más recientemente por proyectos de desarrollo. Estas personas construyen asentamientos urbanos en condiciones en los que cada momento trae su propio afán, es una vida de incertidumbre, en búsqueda de una vivienda digna y de servicios públicos domiciliarios básicos como el agua, la energía eléctrica y el alcantarillado.

A través de conexiones instantáneas, fuertes e imprevisibles forman comunidad y aprenden a mutar con cada situación de emergencia, volviéndose “camaleónicos”. De esa manera sobreviven deslocalizándose del lugar donde los ubica el sistema que los expulsa. Estas tácticas de deslocalización les da cierta autonomía parcial sobre el orden establecido, el cual, a su vez, constantemente renueva sus formas de desalojo (Hincapié, 2019). En su andar van transformando los territorios, entrelazando las características propias de los suelos, de la geografía, de las aguas, de la temperatura y altura biofísica, etc. con sus propias condiciones sociales, económicas y culturales.

Este capítulo presenta la potencia creativa de comunidades que aprenden a vivir en zonas de ladera, en los bordes de la ciudad de Medellín sin acceso a servicios básicos, en terrenos inestables, junto a ríos y quebradas que arrastran sus ranchos⁴, o en medio de tempestades que los derrumban. Allí construyen sus viviendas con tablas y hojas de zinc, toman la energía eléctrica de contrabando y, a falta de acueducto, hacen colectores de aguas lluvia o la toman de los tanques más cercanos. Una de estas prácticas creativas, forjadoras de esas ciudades posibles, es la relación que construyen con los mal llamados “desastres naturales” en donde el agua en forma de deslizamientos, tempestades, quebradas y ríos deja ver su poder y agencia. Los desastres nunca son solo “naturales” sino, como veremos desde la ecología política urbana, son fenómenos socio-naturales o híbri-

4 Rancho es la palabra coloquial que usan en Medellín para referirse a las viviendas improvisadas, construidas con elementos básicos de baja calidad donde se asientan las personas de bajos recursos en la ciudad, como palos, plásticos, cartones y zinc.

dos producidos por la interrelación de procesos químicos, biológicos, económicos y políticos (Romero y Romero, 2015).

En ese sentido, los asentamientos urbanos también son espacios socio-naturales producidos por comunidades capaces de vivir en medio del riesgo, de autoorganizarse para garantizar las necesidades básicas en sus hogares, de cuestionar las formas de prevención de desastres establecidas, y de proponer un nuevo sentido a la inestabilidad, por fuera de un orden de ciudad en el que no caben y al que muchos ya no quieren entrar. Todo ello, a partir de prácticas aprendidas en momentos en los que “ya no tienen nada que perder”, momentos en los que se ven forzados a tomar decisiones súbitas, muchas veces no localizables ni identificables tales como autoorganizarse para proveerse de agua, y cubrir sus necesidades básicas garantizando la reproducción de la vida.

En el diálogo entre la ecología política urbana (Castillo, 2019) y los estudios de ciencia, tecnología y sociedad (Tironi, 2015), entenderemos los desastres en las ciudades como procesos heterogéneos, producto del fenómeno de la urbanización, en donde los aspectos sociales y ambientales están interrelacionados tanto en las formas de dominación estructurales, como en su entramado de relaciones volátiles que incluyen el sistema financiero, las infraestructuras, las corrientes de agua, la fuerza de la gravedad, las laderas, los no-humanos, la agencia del ser humano, etc. La planeación urbana gubernamental intenta controlar el agua desde la lógica de la modernidad, ya sea a través de la infraestructura hidráulica que garantiza el servicio de agua potable o a través de un sistema con base en infraestructura y normas de riesgo. Sin embargo, este intento permanente de control se les sale de las manos, como lo demuestra este capítulo. Esta situación exige repensar la gestión urbana no solo de los desastres, sino también la del agua ya que están íntimamente conectadas, y con ello entender, por un lado, que la ciudad es una construcción socio-natural, y por el otro, tener en cuenta las formas de participación y la capacidad de agencia del agua y de los habitantes de las laderas para fluir y hacerse invisibles en momentos de calamidad.

El capítulo está dividido en cuatro partes. Primero, se empieza explicando los referentes teóricos y la metodología empleada. En segundo

lugar, se presenta el contexto urbano actual en el que se propician los desastres haciendo una crítica a los presupuestos de orden con que se planea la atención de desastres y la expansión urbana. En tercer lugar, se describen los resultados proponiendo ver en los asentamientos formas alternativas de enfrentar los desastres que cuestionan las formas oficiales, con prácticas intermitentes, difusas, móviles, transitorias, imprevistas, con las que se deslocalizan o se ponen fuera de los presupuestos del orden moderno. Ello, a partir de la problematización a la atención gubernamental a los nuevos asentamientos urbanos, lo que conlleva enumerar los desencuentros entre la debilidad del gobierno y la fortaleza de expulsados. Y cuarto, en las conclusiones, se indaga por la emergencia de nuevas formas de definir y de hacer frente a los desastres y la gestión del agua a partir de las transformaciones no planeadas y creativas de las comunidades en los bordes, es decir, en la pérdida de certezas convertidas en oportunidad.

Referentes teóricos

Esta investigación parte de una perspectiva crítica y situada, en su interés por deconstruir versiones de la ciudad establecida, para ver la complejidad de los retos que nos impone un sistema que a partir de los años ochenta reclama nuevas categorías para ser entendido. Es decir, exige nuevas formas de pensar el espacio urbano y de construir ciudad, teniendo en cuenta la gestión de los desastres, particularmente con relación al agua. En ese sentido, se apoya en dos tradiciones críticas: la Ecología Política Urbana (EPU) y los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS).

De la EPU se toma la idea de que la ciudad es producto de procesos de urbanización que son a la vez sociales y ambientales, a través de los cuales se va transformando el espacio (Heynen, Kaika y Swynghedouw, 2006). Estos procesos de perpetua transformación, hacen parte del metabolismo urbano, y están mediados por relaciones de poder (Delgado, 2014). El agua tiene un papel fundamental en la construcción del fenómeno urbano (Swynghedouw, 2004) a partir de la construcción de redes de drenaje o abastecimiento de agua, de diversas infraestructuras como represas o de la gestión del ser-

vicio público domiciliario (Castillo, 2019). Entre los problemas socioambientales que se presentan en las ciudades, se encuentra el riesgo y el posible desastre como “manifestación de determinadas condiciones de vulnerabilidad socioambiental” (Castillo, 2019, p. 8), que se incrementan producto de las amenazas biofísicas y de la volatilidad del sistema financiero (Harvey, 2007) que intenta controlar los flujos del agua.

De los estudios de CTS se parte haciendo una crítica al enfoque tecnocrático de la gestión de desastres o de riesgo en dos direcciones. Por un lado, se considera que el conocimiento científico y/o de expertos en “gestión de desastres” se produce en un contexto social situado y atañe consecuencias sociales y ambientales (Tironi, 2015). Este conocimiento pretende establecer orden y control, sin embargo, en su ejecución entra en disputas y controversias con los saberes, prácticas y las materialidades de los humanos y no-humanos del territorio (Latour, 2004). Y, por el otro lado, se reconoce el papel que tienen los conocimientos, las prácticas y la participación de las comunidades en los bordes urbanos, es decir de los llamados “no-expertos”, en la construcción de formas alternativas de enfrentar estos desastres (Tironi, 2010).

En este horizonte de pensamiento entendemos que las prácticas sociales son discursivas, históricas y situadas. Se asume, por lo tanto, que lo que hacen los expulsados durante sus desplazamientos, asentamientos, desalojos y reasentamientos, son prácticas que se posicionan o no en un momento histórico, susceptibles de ser interpretadas por ellos, y de ser reinterpretadas en diversas direcciones, con sus conflictos y contradicciones (Hincapié, 2019). Desde esta posición, investigar las prácticas sociales asociadas a condiciones singulares de inestabilidad espacio/temporal en el contexto urbano, capta el conocimiento que los actores construyen en la reflexión y al mismo tiempo reconoce las prácticas de otros actores anclados en discursos científicos, políticos y económicos.

En ese sentido, existen estrategias de planeación desde el orden y el equilibrio, así como tácticas de gestión comunitaria del agua y los desastres que emergen en situaciones de inestabilidad. Las tácticas, son definidas por De Certeau (2007) como acciones o prácticas

difusas, azarosas, inasibles, artes de hacer minúsculas, dispersas y cotidianas, que juegan con los mecanismos de las estructuras. Los habitantes de los bordes urbanos se conectan por las condiciones extremas de necesidad. Conexión que les da poder de gestión y transformación, poder moverse con lógicas y tácticas diferentes a las del orden y control formal.

Metodología

El trabajo de campo para identificar estas prácticas se llevó a cabo en dos momentos distintos en el borde occidental de Medellín en los asentamientos ubicados en los límites de los barrios Fuente Clara, Santa Margarita, Olaya Herrera y Vallejuelos, que limitan con las áreas de expansión de Altos de Calasanz y Pajarito y tienen como elementos estructurantes la quebrada La Iguaná y la vía al mar. Tiene un primer momento, entre los años 1997 y 2005, en los que se realizaron procesos de investigación-acción-participación y de sistematización. Y un segundo momento, entre los años 2012-2016 en el que se realizaron entrevistas individuales, conversatorios en grupo y jornadas intensivas de reflexión.

La información recogida fue triangulada con once líderes comunitarios que se convirtieron en investigadores populares⁵, y a partir de varias técnicas y mediaciones se discutieron los mismos temas de manera individual y colectiva (Hincapié, 2017). Posteriormente, se pasó a cotejar estos hallazgos con fuentes secundarias de investigaciones realizadas por otros investigadores sobre el tema y el territorio, así como con los hallazgos obtenidos por el proyecto “Historizando los urbanismos del agua en Colombia” en los barrios de las laderas nororientales de Medellín, tales como Llanaditas, El Faro, Golondrinas. (Furlong y Roca-Servat, 2015).

5 Se reconoce el aporte invaluable de líderes comunitarios que se citan en este texto: Héber Benítez, Mery Muñoz, Oliva Agudelo, Herminia Asprilla, José Sánchez, Olduara Polanco, Ana Liria Osorio, Diana Moreno, Ómar Bedoya. Así como de la religiosa de la comunidad de las hermanas carmelita misioneras Amparo Montoya y del misionero de la comunidad de los hermanos franciscanos Diego Ospina.

Contexto urbano que favorece desastres: paisajes hídricos desbordados

En el siglo XXI asistimos al crecimiento acelerado de ciudades a las que llega gente de todas partes, debido a las expulsiones que el sistema económico global acomete contra poblaciones enteras en sus territorios. Es un sistema que funciona con capitales tan grandes que la plusvalía se regenera a sí misma y con ello puede desechar a seres humanos, ya sean productores o consumidores (Sassen, 2015) así como provocar la extinción de múltiples especies. Tal es el caso de las burbujas inmobiliarias, grandes proyectos hidráulicos y mineros, plantaciones de monocultivos, pesca y ganadería a gran escala, cultivos ilícitos, etc. Un sistema caracterizado por la segmentación del conocimiento, la hiper especialización, la estandarización y automatización de los procesos, la privatización, la desregulación, la financiarización, la apertura de nuevos mercados, el debilitamiento del Estado-Nación y la transnacionalización.

Figura 19. Panorámicas de asentamientos urbanos en laderas de Medellín en 2008 y en 2019.



Fuente: a) Panorámica de las laderas en el sector Vallejuelos en la zona occidental de Medellín. Foto tomada por Senia Salazar Maldonado en el año 2008. Galería de Imágenes Escuela del Habitat - CEHAP - Facultad de Arquitectura - Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín., b) Panorámica de las laderas en el sector de La Cruz en la zona nororiental de Medellín. Foto tomada por Denisse Roca-Servat en el año 2019.

Se generan así otras espacialidades localizadas en ciudades, mercados globales y zonas de libre intercambio, que reevalúan territorios estratégicos para el mismo sistema, con efectos de devastación socio-ecológica (Harvey, 2007). Las trampas de estas formas brutales de acumulación y expulsión, propias de estos tiempos, son muy difíciles de localizar por su complejidad y sobrepasan las categorías de exclusión y marginalidad con las que estos problemas fueron analizados en el siglo pasado.

Hoy, en el sistema económico neoliberal, de alcance planetario, lo que le queda a un expulsado es la *incertidumbre*, pues no hay espacio/tiempo para él en el sistema. Ellos se ubican y constituyen un borde de sombra en el sistema, allí sobreviven muchos mientras el sistema ve con indiferencia cómo crece una nueva forma de asentamiento urbano que emerge de una manera extraña y no planeada. Sobre esa mancha, las autoridades diseñan la malla urbana, pero ahí, debajo y en la superficie, como en la cinta de Moebius, la mancha crece cuando creen partirla. Es una mancha hecha de una diversidad de gente en movimiento en constante interrelación con el contexto geográfico, histórico, climático y físico. Estos movimientos nos recuerdan que la ciudad es contingencia a pesar de la ciudad establecida por la racionalidad moderna, esa racionalidad que hizo la urbe para imponer su idea de orden.

Los expulsados crean nuevas espacialidades en el borde del sistema, es la vida en los asentamientos urbanos, enfrentada al riesgo de los inviernos, los deslizamientos, las inundaciones, su manera de vivir con los ríos y quebradas, de procurarse el acceso a agua y a los servicios básicos, etc. Una vida caracterizada por la aglomeración caótica y cohesionada, altamente densificada, laberintos de casas, unas sobre otras, conectadas por caminos y escaleras externas e internas, con enmarañados cables de energía y creativos sistemas de acueducto que conectan una cantidad de mangueras. La presencia constante del riesgo que los pone al acecho de los desastres, los actores armados, las autoridades que los desalojan; la demanda incesante de suplir sus necesidades, les enseña a buscar de manera creativa el agua, el abrigo, los alimentos y medicamentos.

Los asentamientos urbanos los construyen en terrenos de alto riesgo, junto a ríos y quebradas que en invierno se desbordan, en pendientes de montañas cuyos terrenos se deslizan, sobre el pantano de quebradas subterráneas que hacen de sus ranchos casas móviles, lugares a los que no llegan los servicios básicos de agua, energía ni alcantarillado. Si bien estas condiciones de los asentamientos urbanos son conocidas desde el siglo pasado, es nueva la velocidad del fenómeno tanto social como climático, la diversidad de la gente que llega (por sus lugares de origen, culturas, etnias, clases sociales, etc.) y la imposibilidad de identificar a los perpetuadores de la expulsión, solo se pueden ver a los autores materiales de las amenazas, de los enfrentamientos armados, de las masacres o deudas.

El agua es un elemento transversal para entender la producción de ciudades globales como Medellín, no solo porque el espacio urbano es producto de la canalización, desviación y capacidad de reserva de la cuenca del río Aburrá-Medellín y de su gran número de quebradas, sino también porque es crucial para manufacturar los bienes y servicios de consumo que mantienen el sistema económico-político funcionando. El río es el eje estructurante de la ciudad, en donde se ubican la infraestructura vial, así como la industrial y financiera. Sin embargo, el agua está asociada a la vez a riesgos por inundaciones, sequías y con el desafío que representa su falta de disponibilidad o abundancia (Castillo, 2013). En los bordes urbanos se forma algo así como otra ciudad dentro de la ciudad, con dinámicas subterráneas, conexiones efímeras en momentos de crisis, formas inestables y de adaptación a las corrientes de agua. En este sentido, los expulsados son nuevos actores sociales que emergen en este nuevo sistema económico global, que resisten desde una condición muy elemental pero también muy compleja (Sassen, 2015). Van fluyendo como el agua, garantizando el acceso a ella y deslocalizándose del sistema financiero que los acecha.

Entender qué está pasando en los espacios de los expulsados, en los espacios de la ciudad compleja, incompleta y anárquica, es entender las prácticas “camaleónicas” con las que le están inyectando otra lógica a la ciudad moderna, simple y ordenada, formas de estar emergente en las que están pasando distintas cosas a la vez, prácticas inéditas que pueden estar haciendo historia, que no vemos porque

no tenemos categorías para entenderlas y seguimos usando categorías que se construyeron para entender el contexto de la exclusión, la división anacrónica entre la sociedad y la naturaleza, así como de la desigualdad del siglo pasado (Sassen, 2015; Swyngedouw, 2004). Las historias de los expulsados pueden ser el inicio de la nueva historia de organización compleja del espacio urbano, contra una historia de planeación moderna dominante en la que es inadmisibles mantener grupos concentrados y a la vez dispersos, en un espacio urbano demasiado denso, grupos que se mueven y se transforman, aguas que son incontrolables y a la vez transitorias. En estos ciclos de destrucción y regeneración, los expulsados han aprendido a ser cada vez más móviles e invisibles, ingeniando tácticas de camuflaje que les permiten encontrar conexiones y resonancias para transitar.

El riesgo y el poder según los expulsados en los nuevos asentamientos urbanos

Para quienes vivimos en la ciudad del orden establecido, los nuevos asentamientos urbanos han pasado a ser parte del paisaje, lugares que de lejos vemos desordenados y llenos de carencias básicas, en los que sospechamos que se ocultan la violencia y la delincuencia. Perdemos la capacidad para ver que en esa ciudad de los expulsados se vive al acecho, porque están en terrenos y casas con riesgo permanente de desastre; porque los actores armados los acusan de ser informantes del enemigo, reclutan a los jóvenes y los obligan a pagar la “seguridad” que les ofrecen, comúnmente llamadas “vacunas”; porque las equivocadas políticas de seguridad y prevención de desastres se limitan a criminalizarlos y desalojarlos.

En los asentamientos se oculta el rostro de expulsados que se organizan para enfrentar los supuestos “desastres naturales”: vigilan en las noches, construyen sistemas comunitarios de tuberías de acueducto, arreglan sus ranchos después de las lluvias o los incendios, transitan de un asentamiento a otro. Ellos nos enseñan lo que no queremos ver: una ciudad construida con el ingenio de prácticas de supervivencia inéditas, de vida al borde del sistema, de formas inestables de ocupar espacios signados por el peligro, a fuerza de tener que ha-

cerse invisibles, a fuerza de ser arrojados a vivir en condiciones que les obliga a ampliar sus márgenes de libertad, y con ello, nos dan la oportunidad de ver que están poniendo en duda el orden establecido. Como lo recuerda Diana Moreno, de la Junta de Acción Comunal de Mirador de Calasanz, desplazada del Urabá Antioqueño:

Todos estábamos juntos, como más revueltos, yo tenía una necesidad y entonces iba donde tal, esta conocía los problemas míos y yo los de ella [...], sin conocernos nos teníamos que cuidar, y así aparecía gente de todo lado cuando había un desastre [...] hasta nos hacía falta cuando pasaban días sin que pasara nada porque ahí es cuando pasan muchas cosas. (Diana Moreno, comunicación personal, 2016)

Una ciudad de expulsados que sobreviven el día a día, se organizan para hacer sus ranchos, senderos, conectarse a acueductos y a luz eléctrica; hacen conexiones entre ellos, con barrios vecinos y con instituciones; se juegan la vida en la incertidumbre, en las relaciones con la inclemente y bondadosa naturaleza, en la dispersión y el caos, “en la diversidad que hace cuerpo” (Diego Ospina, conversación personal, 2016). En donde “el orden no es control, no es imponer de manera violenta, el orden es armonía, creación, vida” (Amparo Montoya, conversación personal, 2016).

Figura 20. Asentamientos urbanos y viviendas en las laderas de Medellín en 1999.



Fuente: a) Organización comunitaria frente a los desastres, b) Un rancho típico en el año 1999 en las laderas occidentales de la ciudad. Foto tomada por Esmeralda Hincapié.

Mientras sortean la fuerza destructora de ríos, lluvias y quebradas, que ponen la vida al límite, emerge una fuerza de gestión del riesgo, pues solo les queda aprender a vivir en lugares de desastre. Allí construyen sus ranchos, sin tiempo todavía para llorar sus destierros, porque la velocidad de los sucesos solo les dio tiempo de escapar, buscar dónde llegar, conseguir madera, zinc y plástico para “*hacer habitable lo inhabitable para jugarse la vida* (Ana Liria Osorio, comunicación personal, 2016), así también lo recuerda José Sánchez, “*yo me escapé de la vereda [...] estaban matando a todo el mundo [...] llegamos y nos hicimos toderos en la ciudad*” (comunicación personal, 2016).

Tienen una fortaleza no suficientemente comprendida por las autoridades, ni por la sociedad que vive en la ciudad del orden establecido, fuerza que emerge cuando la vida misma es la que se pone al límite. Al respecto recuerda Oliva Agudelo, madre de 4 hijos, tres niños y una niña, expulsada de su finca en Ituango en los años 80, territorios en los que luego se harían las adecuaciones de lo que sería el proyecto Hidroituango, construyó un rancho en el asentamiento de Moravia ubicado al lado del río Medellín, luego fue trasladada por la administración municipal al barrio Vallejuelos, un barrio improvisado en terrenos fangosos e inestables dada la premura en desalojar a la gente de Moravia para realizar las obras del Metro de Medellín:

Armé un rancho en la orilla del río Medellín, y cuando el río se crecía se me llevaba la casa, y yo tenía que volverla a armar porque no tenía más para donde irme [...] Una vez mis tres hijos ya estaban acostados en la cama y el río se los iba a llevar. ¿Sabe dónde paró la cama? En el palo que yo había clavado al borde del río para cuando se creciera. El río se llevaba todo, me pasó como siete veces [...] Cuando yo llegaba encontraba la casa llena de lodo y volvía a empezar de nuevo (Oliva Agudelo, comunicación personal, 2016).

La fuerza de la gente para superar las crisis está en su capacidad para volver a intentar de nuevo, porque no tienen otra alternativa. Es una vida de alerta frente a desastres que parecen repetirse, pero no es así, porque con sobrevivir a cada uno van aprendiendo a mejorar las condiciones del terreno, aprenden a hacer desagües, poner tuberías y bocatomas de los tanques del acueducto, usar madera menos pesada, etc. (Velásquez, 2011). Seguir sus tácticas de sobrevivencia

es importante porque nos da una guía para entender su fortaleza, su manera de interrelacionarse con el entramado de actores humanos y no-humanos con los que construyen ciudad. De esta manera lo indica Herminia Asprilla, aguerrida mujer de la comunidad afro, expulsada del Urabá Antioqueño, que llegó a asentarse en las laderas del occidente de Medellín, en terrenos fangosos por corrientes subterráneas que bajan de la alta montaña:

Cada vez que llovía había que forrarse los pies con bolsas para uno subir a la carretera, coger palos pa' uno irse sosteniendo [...] avanzaba un paso y daba dos pa'tras (risas), a veces esos pedazos de bolsa se rompían y tocaba bajar a lavarse y volver otra vez. Luego subía uno allá y le tocaba dejar los chécheres que llevaba escondidos por ahí en una manga y cambiarse los zapatos e irse a trabajar [...] luego fuimos haciendo caminos, escalas y así. (Herminia Asprilla, comunicación personal, 2015)

Llegan a la ciudad sin nada más que perder, construyen asentamientos en los que están acechados por vecinos de barrios aledaños, gobierno y actores armados, *“cada que se cruzaban las balas pasaba de todo y no nos podíamos dejar morir”* (Olduara Polanco, comunicación personal, 2016), así como por la falta de acceso a agua potable, por un sistema que les cobra deudas “gota a gota”, así como por las corrientes de agua y los suelos movedizos, todo ello acelera su capacidad para reinventarse.

Figura 21. Situaciones de emergencia y desastre en las laderas occidentales Medellín (2001-2003)



Fuente: a) Carpas en Vallejuelos para albergar a gente afectada por deslizamientos o incendios (2001). Foto tomada por Esmeralda Hincapié, b) Comunidad desbaratando el asentamiento para dejar el terreno saneado y sembrado para poderse trasladar a Mirador de Calasanz (2003). Foto tomada por Esmeralda Hincapié.

Aunque son expulsados, borrados del sistema, se ubican en la sombra y desde allí lo impugnan, delineando posibilidades no previstas. Así lo explica Mery Muñoz, mujer cabeza de hogar expulsada de su barrio con cuatro hijos, dos niñas y dos niños, que llegó a pedir espacio en el asentamiento de Vallejuelos que empezaba a formarse entre 1997 y 1998, allí sus líderes le asignaron un lote de 6x5 mts², le entregaron palos y plástico, y plantó su nuevo hogar con la ayuda de quienes estaban en la misma situación.

Cuando se trata de asentamientos amenazados por desalojos, riesgos geológicos, violencia armada [...] creo que ahí sí se genera un sentimiento de zozobra en las personas, pero a su vez creo que esto genera también una destreza para vivir en esa zozobra, se va haciendo callo y se saben torear las amenazas, casi que se hace como conatural, porque no hay otra opción, entonces toca es instalarse allí, sobrevivir allí, enfrentar allí. Obvio que si resulta una opción afuera pues la toman. (Mery Muñoz, comunicación personal, 2015)

Esta forma de estar en movimiento diluye la frontera adentro/afuera, esa que forjó Occidente, la de las esferas pública y privada, la de la identidad monolítica y la adaptación a la naturaleza. A una vida del orden y del equilibrio, controlada por el “deber ser” instituido, basada en la planeación estratégica y el control de la naturaleza, hay una vida paralela formada por tácticas que emergen en situaciones de inestabilidad, antecedidas por el acecho de expulsados que no tienen un lugar seguro y que aprenden a convivir con las corrientes de agua y los deslizamientos.

Tal es el caso del Movimiento de Laderas de Medellín, un acumulado de procesos y organizaciones barriales, que le apuestan a la gestión comunitaria del riesgo “como la posibilidad de entablar una relación diferente con las dinámicas propias de la vitalidad ecológica, para dejar de ver a la naturaleza como una amenaza y a los desastres como algo natural e inevitable” (Escuela Territorial de Barrios de Laderas [ETBL], 2018, p. 19). A través de estas tácticas de De Certeau (2007), los expulsados se apropian del espacio organizado y modifican su funcionamiento, llevando a cabo macro y micro resistencias. Estas últimas fundan micro libertades, que movilizan recursos ocultos en la gente logrando cada día ser con el territorio que habitan. Es interesante pensar en qué radica la fuerza de estas tácticas que la estructura, tanto desde la modernidad y el conocimiento científico, no puede controlar porque no están en su racionalidad. Las tácticas de los expulsados ligan acciones de vida y convivencia para suplir necesidades básicas y enfrentar el riesgo, y de reivindicación para ganar el acceso a la ciudad formal. Son tácticas de sobrevivencia inéditas, incluso para ellos mismos. Dicen que para vivir en medio de la muerte hay que hacerse “invisibles”, “mudos” y “camaleónicos”, moverse de lugar en lugar y hacerlo al ritmo de los peligros que los acechan, ya no es el ritmo de la vida cotidiana en el sentido de rutinas diarias y planeadas, pues la rutina ya no existe entre ellos.

Figura 22. Viviendas laderas bordes urbanos ladera nororiental Medellín (2019)



Fuente: a) Rancho típico en el año 2021 en las laderas nororientales de la ciudad. Foto tomada por Érika Meneses. b) Infraestructura artesanal para la gestión del agua en territorios de alto riesgo (2019). Foto tomada por Denisse Roca-Servat.

Esta vida los lleva a tomar conciencia de que el tiempo existe como posibilidad, presente y futuro incierto. Se corrobora que toda determinación siempre es parcial y que la brutalidad de las expulsiones no solo destruye, sino que incide en la reorganización de vidas y relaciones. Así lo explica Ana Liria, mujer que tenía una vida establecida en la cabecera de un pueblo de Antioquia, pero que quedó en medio del conflicto armado y en un instante cambió su vida radicalmente, mataron a su hermano y les dieron 24 horas para abandonar todo si querían salvar sus vidas:

Caminar sin caerme en esos caminos de pantano, vivir en una casita de madera carente de las comodidades que yo tenía, convivir con personas de toda clase de formas de vivir, de costumbres [...] tocaba tener humildad y optimismo, vivíamos diferente a los de la ciudad

normal porque carecíamos de todo, pero, aunque fue una experiencia dura fue bonita, marcó mi vida, me cambió. (Ana Liria Osorio, comunicación personal, 2017)

La amenaza o el riesgo los pone al acecho, los hace conscientes de la vulnerabilidad humana pero también de la dependencia del otro que constituye el nosotros, incluyendo las relaciones con los no-humanos y elementos biofísicos, como la casa, el agua, el viento, la lluvia. Pero esto sucede en momentos de emergencia, sucede en el sentido estricto del término, no se planea, no son conocidos, es más, son extraños, por clase social, región y etnia, se diría que todo los divide y de hecho así viven, pero en momentos de emergencia la conexión es instantánea, es como si se hubieran observado en silencio y supieran cómo conectarse.

La atención gubernamental frente a los desastres

El discurso oficial justifica los desalojos afirmando que lo hacen para salvar vidas que están en peligro de ser arrastradas por ríos y quebradas, en peligro de terminar tapadas por deslizamientos de tierra, asfixiadas y quemadas por incendios producidos por cables de contrabando, pipetas de gas y velas, en fin, en riesgo de que tarde o temprano sean víctimas de un desastre. Sería congruente que estas fueran las razones, pero en la práctica, muchos de los desalojos no los hacen por prevenir los riesgos, los hacen cuando hay solicitud de los dueños a los que les han ocupado sus terrenos o cuando hay obras de espacio público que pasan por ahí. Es decir, el discurso de la prevención oculta el uso ilegal de las vías de hecho después de calificarlos como “invasores” o “ilegales”. Las acciones de destrucción de viviendas se impusieron a la falta de reconocimiento de las adecuaciones hechas a terrenos peligrosos, del arte arquitectónico de ranchos adecuados a terrenos fangosos y de alta pendiente.

Las expectativas de los expulsores son opuestas a las expectativas de los expulsados, ello engendra una *paradoja* para los gobernantes de las ciudades: participar en el mercado global como anfitrión de

los expulsores (mercados financieros) y cumplir la función de protección de los expulsados. Esta paradoja explica una de las razones por las cuales los discursos, propósitos, programas y proyectos de la planeación urbana, basada en los modelos de desarrollo de la modernización, no llegan a materializarse, porque privilegian el mundo del mercado y con ello sacrifican el mundo socioambiental, cultural, y comunitario de la ciudad, no dan espacio a la población expulsada, deterioran ecosistemas, encarecen el suelo y hacen inviable la integralidad de los programas de vivienda.

En los municipios, el marco legal y normativo contempla el derecho a la vivienda, a los servicios públicos domiciliarios, la gestión del riesgo y reasentamientos, la prevención, atención y mitigación de desastres, el ordenamiento territorial, y los planes sectoriales y especiales. Para hacerlo efectivo, el Ministerio de Vivienda (2014) establece las definiciones básicas de asentamientos humanos, asentamientos de origen informal y asentamientos en alto riesgo, los lineamientos para la evaluación de la amenaza (peligro latente de que un evento físico genere pérdida de vidas o lesiones), la vulnerabilidad (fragilidades física, económica, social, ambiental o institucional de la comunidad), los elementos expuestos (localización de todo lo que puede ser afectado por la amenaza), el riesgo de desastres (daños o pérdidas potenciales determinados por la amenaza y la vulnerabilidad), la mitigabilidad (posibilidad de intervenir un territorio para reducir el riesgo), y la zona de alto riesgo (espacialización y asentamientos implicados). Sobre esto, diseña los planes especiales de atención, que deben estar incluidos en el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) (Banco Mundial et al, 2014).

Estas definiciones y lineamientos, de acuerdo con el orden institucional que normaliza las formas establecidas de intervención, exige a los expulsados un comportamiento adaptado a los valores y presupuestos de la planeación moderna de la ciudad ello incluye entender el riesgo “como manifestación de uno o varios eventos naturales o antrópicos no intencionales que al encontrar condiciones propicias de vulnerabilidad generan alteración grave” (DAFP, Ley 1523 de 2012, s.p.). En la intervención, se diagnostica lo evidente: “están en zona de alto riesgo”, pero su alternativa no es habilitar los terrenos,

como se hace en las zonas de riesgo de los estratos altos, sino *el desalojo*. Donde hay asentamientos urbanos con gente que se resiste al desalojo, el gobierno se ve forzado a ofrecer *reubicación*.

Estas reubicaciones se planean según los criterios de la economía, los mercados, la propiedad de los terrenos, el costo de llevar a esos lugares los servicios públicos, y el estilo de vivienda en altura para mayor hacinamiento, en detrimento de los criterios de vivienda para cultivar hogares, preservar cultura, unir familias, hacer relaciones sociales. Además, generalmente son reubicaciones incompletas con traslados prematuros a lugares donde solo está el inicio de las viviendas y no hay espacios comunitarios, educativos, de salud, recreación ni deporte. Este abandono y aislamiento los convierte nuevamente en zonas de riesgo, además de un espacio propicio para que los actores armados lleguen a controlar.

Desde esta postura, el gobierno es incapaz de ver la inoperancia de su intervención, por el contrario, la defiende contra toda evidencia, degradando la imagen de quienes viven en los asentamientos, señalándolos como ilegales y carga económica que frena el desarrollo, cuyo desorden e irresponsabilidad ponen en riesgo el orden de la ciudad. Al respecto, es importante reconsiderar la informalidad en la complejidad de la ciudad actual, para desnaturalizar la asociación de esta categoría a la de ilegalidad, siendo más bien una política de localización (Brah, 2011) del discurso oficial que asigna la responsabilidad del riesgo a los expulsados.

Desencuentros entre debilidad del gobierno y fortaleza de los expulsados

Precisamente por sus nuevas formas de sobrevivencia, los expulsados no responden a las exigencias que les impone el orden establecido, las instituciones modernas en las que descansa la administración pública, la ciudad planeada, la oficial prevención de desastres con sus presupuestos tradicionales de participación, organización y tejido social. Ellos no se mueven ya en esos presupuestos de lo estable, habitan la realidad de lo imprevisto, móvil, fragmentario y diverso.

En consecuencia, los expulsados del sistema, ocultos en su borde oscuro, están en total desencuentro con las instituciones sociales que tienen la función de proteger su vida, pues son opuestos sus modos de comprender las formas de habitar la ciudad: para los expulsados es inestabilidad, incertidumbre, improvisación y posibilidad, para la administración pública es estabilidad, certeza, planeación y orden.

Contra el discurso oficial que los estigmatiza, los expulsados muestran el incumplimiento de la misión institucional del Estado como protectora de la vida, y su tergiversación puesta al servicio de planes urbanos e inmobiliarios. En la revisión de los informes técnicos del Departamento Administrativo de Gestión del Riesgo de Desastre (DAGR) de Medellín (2015) y de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD) (2013), se verifica contradicción en el cumplimiento del marco legal que da la Constitución de 1991 a la participación, el derecho a la vivienda y la protección de la vida en los asentamientos. Si bien se menciona la importancia de estos derechos y mecanismos de participación, la tendencia en el trabajo de campo sugiere, por un lado, que se lleva a cabo una forma de participación superficial anclada en ver las comunidades como agentes irracionales, a los que “hay que educar”, lo que Callón (1999) ha denominado el modelo de la alfabetización. Y, por el otro lado, se evidencia el mecanismo de los desalojos, en vez de atención y mitigación, pero solo en los predios donde hay asentamientos de pobres. En los predios de estratos altos, donde también hay terrenos de alto riesgo, predominan las acciones de mitigación, ello tiene que ver con fenómenos de segregación territorial producto de la estratificación socioeconómica (García, 2019).

En ese desencuentro con las instituciones, los expulsados aprenden a vivir cada día, a sobrevivir a los desastres, a los desalojos y a los actores armados. En sus relatos va emergiendo el reconocimiento de las tácticas con las que adquirieron el arte de sobrevivir en la incertidumbre y de establecer relaciones efímeras entre extraños. Estas formas de vida van construyendo otras subjetividades y otras posiciones en relación con el territorio que se oponen a los presupuestos de estabilidad en las que se funda la identidad del sujeto moderno. La relación con el territorio es cambiante, lo que implica estar atentos a los fenómenos climáticos y geográficos, a ser flexibles en las

formas de revertir los posibles daños o afectaciones de los procesos urbanos. De esa manera, las cosas nunca vuelven al mismo lugar, es una espiral de posibilidades, todo cambia, lo que ayer era tragedia hoy es añoranza de vida comunitaria, lo que hoy celebran como triunfo comunitario, mañana lo capitalizan los urbanistas privados. Como lo dice Heber Benítez, hombre artista, gran lector, historiador y politólogo empírico, desplazado de Barrio Nuevo, un barrio construido en los años 70 para la clase media y obrera de Medellín pero que en los años 90 se convirtió en zona de disputa entre combos armados de Bello y Medellín:

La sobrevivencia día a día nos muestra que vamos cambiando en una sociedad que se niega a cambiar, lo mismo que escribió Víctor Hugo en *Los Miserables* pasa hoy en día, el pueblo simplemente se camuflaba, trataba de usar tácticas frente a lo que hacía el Estado, ser de pronto más rápido y más ágil, porque el Estado es lento por su composición, por su burocracia, ahí hay una de las ventajas que tenemos nosotros, ser rápidos en tomarnos un terreno, montar los palos, ponerles plástico y plantar una bandera de soberanía [...], después el Estado ya no respetó eso, pero entonces empezaron otras tácticas, y así. (Heber Benítez, comunicación personal, 2016)

Plantear alternativas al desencuentro entre quienes viven al borde del desastre y quienes planean formas de prevenirlo por fuera de contexto, parece ser un aprendizaje obligado en tiempos en los que a los seres humanos nos están despojando hasta del agua para vivir. Tal vez desde ese “no lugar” que están construyendo los expulsados, podamos ver nuevas alternativas de lucha contra el feroz y complejo sistema neoliberal expulsor, alternativas que pasan por la necesaria crítica al urbanismo moderno que se pone al servicio de ese sistema.

Otra manera de interpretar y enfrentar la vida en el riesgo/los desastres

Los desencuentros muestran la necesidad de construir nuevos referentes de la gestión de riesgo y del agua capaces de ver la potencia de los nuevos asentamientos conformados por actores diversos, móviles

y fragmentados, que están atrapados por la incertidumbre del “no lugar”, no solo por la precariedad de los terrenos y el control de los actores armados, sino por la amenaza de los desalojos que hace un gobierno que los identifica como *asentamientos ilegales*, pero que ellos cada vez más demuestran que son *asentamientos no-consentidos* (Rincón, 2005). En ese sentido, van desnaturalizando la idea de ilegalidad y criminalidad con la que los localizan, la cual da lugar a calificativos como: invasiones, informales, ilegales, de desarrollo incompleto, suburbios, barrios de ranchos, barriadas, favelas, villas, etc.

Esta otra manera de entender el riesgo empieza por este cambio de perspectiva, por entender que son asentamientos no-consentidos en la medida de que no tienen sentido dentro del orden moderno de la ciudad no los hace ilegales, sino que, por el contrario, sí tienen sentido como alternativa de vida para los que están fuera de ese orden. *“La insistencia de la administración municipal era que tenían que desalojarnos porque eso era una zona de riesgo [...] nos tiraban gases, trataban de meter máquinas [...] nos organizamos, procedimos a denunciar y proponer salidas concertadas”* (Ómar Bedoya, comunicación personal, 2005). La vida en los asentamientos, que discurre al lado del riesgo, está hecha de tácticas que escapan al control establecido y ello determina la formación de otros tipos de convivencia, de comunidad y de construcción del territorio, en la que el énfasis está puesto en su complejidad y dinamismo, en un tipo de relaciones difusas e intermitentes. Son comunidades que no responden a los presupuestos de participación y organización que espera el orden gubernamental que administra ciudad y por ello las ve como una amenaza.

En medio de esta forma de vivir, ellos establecen una relación estrecha con el agua, comprendiéndola más allá de un recurso natural o estratégico, como un actor más en el territorio, capaz de manifestarse en diversas formas y circunstancias. Rompiendo con la dicotomía moderna que divide la sociedad de la naturaleza, y que intenta controlarla, las comunidades en los bordes urbanos reconocen que existen múltiples aguas, el agua lluvia, el agua del acueducto comunitario, el agua de la empresa prestadora de servicio (Empresas Públicas de Medellín), así como diversas manifestaciones de ella, las cuales requieren ser comprendidas en su integralidad teniendo en

cuenta otras temporalidades y formas de planeación basadas en la movilidad y las conexiones instantáneas.

Esa extraña manera de moverse en la contingencia les da un extraño poder para, de un lado, transformar la ciudad establecida (cambian políticas de desalojo, modifican el POT, abren zonas de expansión urbana), y del otro, mostrar los límites del conocimiento moderno de lo urbano. Es importante mencionar las formas de conocimiento-práctica situada que han producido las comunidades en los bordes de la ciudad, a través de distintos espacios como la Escuela Territorial de Barrios de Laderas (ETBL), (2018), plasmando sus propuestas y visiones sobre la gestión comunitaria de riesgo (Rivera-Flórez, 2020). Desde allí, estamos llamados a *repensar la ciudad*, a ver la ciudad compleja que forma la superposición de muchas formas de habitarla, superando los dualismos micro/macro, local/global, público/privado, sociedad/naturaleza para entender hacia dónde va la ciudad del siglo XXI a la que están llegando los expulsados.

Reflexiones finales

Nuestra capacidad de construir ciudades que trascienden la vida y su poder transformador radica en nuestra capacidad de ser inestables y poder conectarnos en la diversidad (Hincapié, 2017). La fuerza de esta idea está en el trabajo con la gente expulsada, comunidades que en sus luchas son capaces de construir otra ciudad, que muestran que son posibles otras formas de vivir, por fuera de los presupuestos de orden y estabilidad de la planeación y del urbanismo moderno. Nuevos actores de la ciudad, expulsados y aglomerados, al acecho y camaleónicos, con tácticas para hacerse invisibles y cohesionarse frente al riesgo y la inestabilidad, en circunstancias en las que se juegan la vida cuando la vida es agonía. Fuerza que los impulsa a trascender diferencias de clase, región o cultura y que renueva los conceptos.

El crecimiento urbano actual desborda el control orientado por una planeación urbana que no puede frenar las expulsiones ni las tácticas de los expulsados, porque ella misma es la cara de una contradicción que incentiva los conflictos sobre el acceso a la ciudad: está al

servicio de una modernización que garantiza intereses económicos a expulsores y ofrece derechos a los expulsados que no puede garantizarles cuando el gobierno está sometido y es anfitrión del nuevo sistema económico global. El agua es un actor fundamental en la construcción de estas ciudades globalizadas. De esa manera, vemos cómo inclusive proyectos de desarrollo hidroenergéticos, como Hidroituango, son a su vez expulsores de seres humanos y no-humanos (conversación con desplazada de Ituango, 2016), y al mismo tiempo pregonan garantizar el crecimiento económico y el estilo de vida urbano. De esa manera, la expansión de los servicios públicos domiciliarios de acueducto, alcantarillado y energía, están directamente relacionados con la gestión de riesgo en las ciudades.

Tras estas críticas hay una historia de relaciones de tensión entre los discursos de quienes representan la planeación de la ciudad, y quienes representan las luchas comunitarias por el derecho a estar en ella. En los extremos de una cadena de variantes pueden identificarse las dos versiones más extremas y por tanto las más responsables de convertir la tensión en ruptura. De un lado, unos ven la planeación urbana como un sistema de estrategias que usa el debate público para asociar los asentamientos a la delincuencia y el narcotráfico, y con ello justificar proyectos económicos, bajo el discurso del “desarrollo”, que en muchas ocasiones son provocadoras de muertes y despojos (Castillo y Ramos, 2014). Del otro lado, los asentamientos son vistos como un negocio ilícito de apropiación, venta y compra de tierras, un refugio de actores armados, y un caldo de cultivo para el crimen, todos ellos factores responsables de la inseguridad y caos en la ciudad.

El crecimiento acelerado de los asentamientos y la falta de soluciones termina convirtiéndose en una aceptación “natural” de realidades tan dolorosas por el poder de los discursos que legitiman el abandono, el desalojo o la marginalización, que localizan los problemas de la ciudad en las comunidades expulsadas. Al respecto, los expulsados van construyendo ciudad bajo propuestas de gestión comunitaria del riesgo y del agua que trascienden la visión dicotómica moderna que separa la sociedad de la naturaleza, y a su vez, reclaman el derecho a la misma y la defensa del territorio. Saben que existen relaciones de poder adversas que se materializan en paisajes hídricos de despojo (Swyngedouw, 2004). De esa manera, recono-

cen que, como pobladores son sujetos activos en la construcción y transformación de la “ciudad no solo como un espacio geográfico, sino también como una constante relación entre los vecinos, la montaña, las aguas y todo lo vital que la conforma” (Escuela Territorial de Barrios de Laderas [ETBL], 2018, p. 17). Por ello, asumen como “reto cotidiano generar nuevas y mejores relaciones con el territorio, incluyendo el agua y las dinámicas de la montaña” (ETBL, 2018, p. 17). Ello denota un cambio de mirada sobre la política de la naturaleza para incluir actores no-humanos en el entramado de relaciones ecológicas (Latour, 2004).

Finalmente, proponer formas alternativas de estar en la ciudad y de gestionar el riesgo, reconociendo la inestabilidad espacio/temporal, permite ver que hay un horizonte de propuestas que no son exploradas porque cuestionan los fundamentos de la única realidad que conocemos desde el siglo XVII, la del sueño de orden universal. Al respecto identificamos, que adicional a las prácticas sociales de los expulsados, del lado del sector oficial, el modelo de Urbanismo Social en el caso de Medellín muestra que los efectos brutales de la expulsión pueden administrarse si fortalecemos el gobierno frente a la dominación del modelo económico. Este fortalecimiento implica, no solo incluir en la gestión del riesgo y del agua, es decir en la planeación urbana, la participación de las comunidades, como no-expertos, que pueden complementar y/o mejorar las decisiones, sino más bien pasar a un modelo de participación de la co-producción (Callon, 1999), mediante el cual se trascienda la inclusión de la mera opinión, para incorporar la participación de las asociaciones de humanos y no-humanos en el diseño de las políticas y propuestas.

Referencias

Banco Mundial, GFDRR & Ministerio de Vivienda (2014). *Guía metodológica para el inventario de asentamientos en zonas de alto riesgo*. Consultado en <http://www.minvivienda.gov.co/Documents/Aplicaciones/guia-aplicacion-asentamientos.pdf>

- Brah, A. (2011). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Callon, M. (1999) The role of lay people in the production and dissemination of scientific knowledge. *Science, Technology & Society*, N° 4(1), p. 81-94.
- Castillo, O.A. (2013). *Mosaicos de ciudad en el agua. Riesgo por inundación y vulnerabilidad: el caso de dos municipios del Estado de México*. Tesis de maestría en ciencias sociales y humanidades. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa.
- Castillo, O.A. (2019). Hacia una ecología política latinoamericana del desastre urbano: algunos apuntes para su discusión. Estudios Socioterritoriales. *Revista de Geografía*, (25), e014-e014.
- Castillo, O. A. y Ramos, G. A. (2014). “Lo del agua al agua”: desarrollo y desastre en la Zona Metropolitana del Valle de México. *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, 1(16), 81-110.
- De Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Oac.
- Delgado, G.C. (2014). Metabolismo social y la ecología política de lo rural y lo urbano. En H. Vasconcelos (Coord.) *Grandes retos del siglo XXI*. México: UNAM.
- DAGR (2015). *Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres del municipio de Medellín (PMGRD) 2015-2013*. Alcaldía de Medellín.
- Departamento Administrativo de la Función Pública, DAFF. (2012). Ley 1523 de 2012. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=47141>
- Escuela Territorial de Barrios de Laderas (2018). *Cartilla Escuela Territorial de Barrios de Ladera: por la formación popular, la construcción colectiva y la incidencia*. Corporación Con-vivamos, Mesa de Vivienda de la Comuna 8 y Montanoa-A.
- Furlong y Roca-Servat, D. (2015). *Historicizing southern urbanisms: Water supply development in Colombia 1910-2014*. Research project from 2016-2022 funded by CRSH/Conseil de recherches en sciences humaines du Canada.

- García, C. B. (2019). *La segregación territorial y la revisión general de la estratificación socioeconómica en Medellín*. (Trabajo de grado de especialización). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Harvey, D. (2007). Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual. GeoBaires, cuadernos de Geografía. Apuntes de geografía y ciências sociales. Teorías contemporâneas de la Geografía. UBA-FFyL.
- Heynen N.; Kaika M. y Swyngedouw E. (2006) (Eds.) *In the Nature of Cities. Urban Political Ecology and the Politics of Urban Metabolism*. London: Routledge.
- Hincapié, E. (2019). *Comunidades transformadoras de ciudad. El poder de los desplazados a medios urbanos por la violencia política de nuestra América*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Hincapié, E. (2017). *Comunidades transformadoras de ciudad:(estudio de caso: Occidente de Medellín, 1997-2012)*. Universidad Pontificia Bolivariana sede Medellín.
- Latour, B. (2004). *Politics of nature*. Harvard University Press.
- Ministerio de Vivienda, Ciudad y Territorio. (2014). *Colombia: cien años de políticas habitacionales*. Informe preparado para el Séptimo Foro Urbano Mundial. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, tomado de la edición en línea el 20 de abril de 2016.
- Rincón, A. (2005) Legalidades colectivas: historia de los espacios urbanos no consentidos. En Rincón Patiño, A. (Ed.) *Espacios urbanos no consentidos. Legalidad e ilegalidad en la producción de ciudad*. (pp. 39-54). Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Alcaldía de Medellín.
- Rivera Flórez, L. A., Rodríguez Gaviria, E. M., Velásquez Castañeda, C. A., Guzmán Tenjo, H. P., & Ramírez Madrigal, A. (2020). La gestión comunitaria del riesgo. Justicia espacial y ambiental []. *Bitácora Urbano Territorial*, 30(3), 205-218.
- Romero, H. y Romero, H. (2015). Ecología política de los desastres: vulnerabilidad, exclusión socio-territorial y erupciones volcánicas en la patagonia chilena. *Magallania (Punta Arenas)*, (3), 7-26
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad de la economía global*. Buenos Aires: Katz.

- Swyngedouw, E. (2004). *Social Power and the Urbanization of Water-Flows of Power*. Oxford: University Press.
- Tironi, M. (2010). Redefiniendo la participación, redibujando lo ciudadano: el plan de participación ciudadana del PRES. Constitución. *Arquitecturas del Sur*, 52-65.
- Tironi, M. (2015). Disastrous publics: Counter-enactments in participatory experiments. *Science, Technology, & Human Values*, 40(4), 564-587.
- Velásquez, C. (2011). La política de mejoramiento integral en los barrios de Medellín. ¿Reconquista del territorio por parte del Estado? *Revista Kavilando* 2, 8(3), 72-78.
- UNGRD (2013). *Guía comunitaria para la gestión del riesgo de desastres*. Presidencia de la República de Colombia.

Referencias de los entrevistados que pasaron a ser parte del equipo de investigación

- Agudelo, Oliva (2005- 2016). Desplazada de Ituango, asentamientos Moravia y Vallejuelos.
- Asprilla, Herminia (2016). Desplazada del Chocó, asentamiento Vallejuelos.
- Bedoya, Ómar (2000-2016). Desplazado de Urabá, asentamiento urbano Vallejuelos.
- Benítez, Héber (2000-2016). Desplazado urbano, asentamientos Vallejuelos y Las Torres.
- Montoya, Amparo. (2000-2016). Comunidad misionera hermanas Carmelitas
- Mosquera, Diana (2016). Desplazada de Urabá, asentamiento urbano Vallejuelos.
- Muñoz, Mery (2000-2016). Desplazada urbana, asentamientos Vallejuelos y Blanquizal.
- Osorio, Ana Liria (2005-2016). Desplazada de un pueblo de Antioquia, asentamiento urbano Vallejuelos.

Ospina, Diego (2000-2016). Comunidad misionera franciscana.

Polanco, Olduara (2005-2016). Desplazada de un pueblo de Antioquia, asentamiento urbano Vallejuelos.

Sánchez, José (2000-2016). Desplazado de una vereda, asentamiento urbano Vallejuelos.